

está el mundo de esta especie de fe; pero sus luces son muy naturales y muy débiles, para que puedan elevarse hasta la Divinidad.

¿Quién dice por ahí el mundo, que es el Hijo del hombre? preguntaba Cristo á sus discípulos. La respuesta que le dieron descubre el carácter de la fe de los mundanos. Unos, discurrendo por su modo de vida y por su doctrina, creían que era Juan Bautista resucitado: otros, reflexionando únicamente sobre sus milagros, se persuadían que era Elías, ó alguno de los profetas. Cuando no hay mas fe que la de una buena razon natural, no se adelanta mucho con ella.

La fe es una luz sobrenatural; y solamente los que están iluminados de ella esclaman con S. Pedro: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*. Examinemos de qué naturaleza es la nuestra. Es la fe en cierta manera la medida del amor. Si amamos poco, vanamente nos lisonjearémos de que creemos mucho.

Una fe viva no está largo tiempo sin recompensa: *Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló la carne y la sangre*. El Padre celestial es el que comunica esta luz sobrenatural con abundancia: ¿pero hará mucha impresion en una alma arrastrada de los apetitos de la carne; en un corazon esclavo de las pasiones, y en un espíritu mandado por los sentidos? La confesion que hizo S. Pedro, le mereció la augusta cualidad de Vicario de Jesucristo. Nuestra poca fe nos hace siervos inútiles. Tengamos una fe viva y generosa, y harémos milagros con ella.

Confieso, Salvador mio Jesucristo, que vos sois mi Salvador y mi Dios. De aquí adelante será mi conducta la fiadora de mi fe. Poco os he amado, mal os he servido; porque hasta aquí solo he tenido una fe lánguida. Dadme una fe llena y generosa, y aumentad cada dia esta mi fe.

JACULATORIAS. — Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo. (*Matth. 16.*)
¿A quién, Señor, acudirémos? si vos solo sois el que tenéis palabras de vida eterna. (*Joan. 6.*)

PROPOSITOS.

1 *El Credo* es la confesion de la fe. La costumbre de rezarle sin atencion y sin devocion, es causa de que se diga sin fruto y sin mérito. A lo mas parece una oracion que se reza, y no una profesion de fe que se hace. Resuélvete desde hoy á no rezar jamás este compendio de los artículos de la fe, que no sea acom-

pañándole con una confesion interior de lo que crees. Con el mismo espíritu debes ponerte en pié al Evangelio de la Misa. No tengas esto por una ceremonia indiferente: es una profesion de fe muda, pero pública, con la cual se declara que se reconocen aquellas divinas palabras, como regla de nuestra fe y de nuestras costumbres. No solo en los cadalsos, y en presencia de los tiranos hay obligacion de hacer pública profesion de nuestra fe: tambien es menester que nuestras máximas y nuestras costumbres digan claramente la religion que profesamos.

2 Es una devocion solidísima el ejercitarse en actos de fe antes de la comunión; siempre que nos hallamos en algun peligro; al principio de todas las oraciones; y especialmente cuando se comulga por modo de viático, teniendo frecuentemente en la boca estas palabras del Evangelio: *Credo Domine, adjuva incredulitatem meam*. Yo creo, Señor, yo creo; pero ayudad mi fe, y fortificadla con vuestra divina gracia.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

SAN CANUTO, rey y mártir: la festividad de su glorioso triunfo se celebra el dia 7 de este mes. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES MARIO Y MARTA, su mujer, con sus hijos AUDIFAZ y ABACUC (ó *Abachum*), nobles de Persia, en Roma en la via Cornelia, los cuales habian venido á Roma en tiempo del emperador Claudio á visitar por devocion los santos lugares: y despues de ser cruelmente azotados, puestos en el potro, echados en el fuego, escarificados con garfios de hierro, les cortaron las manos: Marta fué muerta en el lugar llamado Ninfa, los demás fueron degollados, y sus cuerpos los quemaron.

EL MARTIRIO DE SAN GERMÁNICO, mártir, en Esmirna, el cual en la flor de su juventud, confortado con la divina gracia, quitado el temor de la fragilidad humana, provocó á la bestia fiera que por sentencia del juez le estaba destinada; y habiéndole devorado en tiempo de Marco Antonino y de Lucio Aurelio, mereció unirse con Jesucristo, verdadero pan, dando la vida por su gloria.

LOS SANTOS MÁRTIRES PABLO, GERONCIO, GENARO, SATURNINO, SUCESO, JULIO, CATO, PIA, y GERMANA, en Africa.

SAN PONCIANO, mártir, en Espoleto, en tiempo del emperador Antonino, el cual despues de haber padecido crueles tormentos por confesar á Jesucristo, fué condenado por el juez Fabiano á andar descalzo por encima de carbones encendidos, y como saliese ileso, le pusieron en el potro, y le colgaron con garfios de hierro; despues habiéndole encerrado en una prision, mereció que allí le visitasen y confortasen los ángeles. Luego le

echaron á los leones, y le bañaron con plomo derretido, y últimamente le degollaron.

SAN BASIANO, obispo y confesor, en la ciudad de Lodi, el cual en compañía de S. Ambrosio combatió á los herejes acérrimamente.

SAN WOLSTANO, obispo y confesor, en Wigornio de Inglaterra, esclarecido en virtudes y milagros; fué canonizado por Inocencio III.

SAN CANUTO, REY DE DINAMARCA Y MÁRTIR.

SAN Canuto IV, hijo de Suenon Estrice, Rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto, que sujetó la Inglaterra, fué un gran Rey, y fué un gran Santo. Nació hácia la mitad del siglo xi. El Rey, su padre, tuvo gran cuidado de confiar su educación á sabios maestros, y á prudentes gobernadores, que se aprovecharon ventajosamente de las nobles prendas de que le habia dotado la naturaleza, y de las ricas disposiciones para la virtud que habia recibido de la gracia, y se dejaron reconocer casi desde la cuna.

Correspondió perfectamente el niño Canuto á los desvelos de su educación. Dentro de poco tiempo se halló perfeccionado en los ejercicios de espíritu y de cuerpo, que correspondian á su real nacimiento. Pudiérase decir, que para Canuto no hubo puericia ni infancia. Todos los entretenimientos eran serios, y las diversiones ordinarias de aquella edad no hicieron la mas mínima impresion en un corazon, que desde luego mostró haber nacido para cosas grandes. Pero, lo que es mas singular, ya desde aquella tierna edad se distinguia mas por la piedad y por el celo de la religion, que por las otras escelentes cualidades que le adornaban.

Su valor se dejó admirar desde la primera ocasion en que se pudo conocer. Apenas tenia fuerzas para montar á caballo, y ya se le tuvo por capaz de que mandase un ejército. Descubrió luego los grandes talentos que habia recibido del cielo para hacerse lugar en el número de los conquistadores. Ganó tantas victorias como dió batallas; y hacia las conquistas en menos tiempo que era menester para hacer las preveniciones. Purgó el mar de los piratas que infestaban las costas; venció á los Estones, que cometian escesos, y latrocinios; y domó á la provincia de Sembia, que despues de esta conquista quedó agregada al reino de Dinamarca.

Hallábase Canuto en el mayor auge de estimacion y de poder cuando murió el Rey su padre. Era entonces electiva la corona de Dinamarca, y nadie dudaba que debia ser preferido á Heroldo, su hermano mayor. Sus méritos autorizaban la voz del pueblo;



S. CANUTO REY Y M.

pero los grandes temieron á su valor y á su vida irreprochable, pareciéndoles que gozarian de mayor libertad, y de mayor reposo, eligiendo un Rey flojo y estúpido. Nombraron á Heroldo; y Canuto recibió este desaire como héroe verdaderamente cristiano. Estuvo tan léjos de vengarse, ni de dar oídos á las tropas, que le persuadian al desagravio, que antes bien solo se valió de ellas, de su autoridad, y de sus fuerzas contra los enemigos de la patria; y el Rey su hermano, no tuvo vasallo mas obediente ni mas rendido. Pero el cielo tomó de su cuenta premiar luego su virtud. Murió Heroldo á los dos años del reinado, y Canuto ascendió al trono con aplauso universal de la nacion.

Fué su primer cuidado, despues de su coronacion, purgar el reino de los desórdenes, y de los vicios que se habian introducido en él, presumiendo de cóstumbre á favor de la posesion de largos años; y se aplicó á solicitar el mayor lustre de la religion, así por sus leyes, como por sus ejemplos. Créese, que por este tiempo le escribió el Papa Gregorio VII, aquellas dos bellas cartas, en que le exhorta á imitar las virtudes de su padre, á llevar adelante el celo que le animaba por la religion y por la Iglesia, y á desterrar de su reino la bárbara costumbre de atribuir únicamente á los pecados de los clérigos las calamidades públicas, ocasionadas así de las enfermedades, como de la intemperie ó del desórden de los temporales.

Habiendo sabido que se habian rebelado las naciones incultas y feroces, que habitaban en la frontera del reino, hácia la parte del Norte, marchó luego á domarlas; buscólas en sus mismas cavernas, y dejólas reunidas para siempre á la corona de Dinamarca. Terminóse esta guerra tan ventajosamente para el estado, y gloriosamente para la Iglesia. Ninguna conquista añadia á su corona, que no se la aumentase tambien á la religion. Habiendo sujetado enteramente las provincias de Curlandia, de Samogitia y de Estonia, hizo ver que era piedad lo que parecia ambicion, y que las habia rendido, menos por dominar él en ellas, que por sujetarlas al imperio de Jesucristo; enviando luego celosos misioneros, que trabajaron con feliz suceso en la conversion de aquellos gentiles.

Al volver de esta gloriosa espedicion, casó con la princesa Adela, hija de Roberto, conde de Flandes, en quien tuvo á Carlos el Bueno; digno heredero de sus virtudes, pues mereció ser tambien contado en el catálogo de los Santos.

No teniendo ya enemigos que domar, dedicó toda su aplicacion á hacer felices á los vasallos. La reforma de las costumbres, la correccion de los abusos, la integridad de la justicia, el restable-

cimiento de la disciplina eclesiástica, enormemente relajada por la licencia de los grandes; en una palabra, la felicidad pública fué el único objeto de todas sus prudentísimas y santísimas leyes. Persuadido á que el bien del estado pende en gran parte de la prudencia de los gobernadores, y de la integridad de los magistrados, hizo empeño de no colocar en estos empleos sino á sujetos de conocido mérito. En su palacio estaba cerrada la puerta á toda intercesion, que no fuese la del mérito y de la virtud. Y porque la mayor parte de aquellos pueblos rústicos y groseros estaban poco acostumbrados á rendir á los obispos el respeto y la veneracion que se les debía, ordenó por una declaracion espresa, que en adelante precederian á los duques, y ocuparían en el estado el lugar que corresponde á los príncipes. Eximió al clero de la jurisdiccion secular; y permitió á los jueces eclesiásticos, que castigasen con multas á los que delinquiesen en materia de religion, adjudicándoles el conocimiento de este género de causas.

Reedificó muchas iglesias arruinadas, y las enriqueció con su liberalidad. Fundó nuevos hospitales, agotando muchas veces su tesoro, por aliviar á los pobres. El gran número de monasterios que edificó, acreditaron su estimacion, y su veneracion al estado religioso. En todas las partes de su reino se veian monumentos de su piedad. Un día se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y arrojándolas á los pies de Cristo crucificado, declaró altamente ser su voluntad que la religion reinase con el mayor lustre en todo el reino de Dinamarca.

Su corona real, que era de gran precio, se la regaló á la iglesia de Roschlit, diciendo, que lo mas precioso del mundo se debía emplear en el adorno de los lugares consagrados á la majestad de Dios, y no en fomentar la avaricia, y la vanidad de los príncipes.

Pero al mismo tiempo que su ardiente celo en dilatar, y en hacer florecer la religion por todo su reino, le podían merecer el renombre de Apóstol de Dinamarca; su extraordinaria piedad, sus penitencias, y su vida ejemplarísima le hacían respetar como modelo de perfeccion en toda la Iglesia.

No puede admirarse, ni ponderarse bastantemente el amor que profesaba á Jesucristo en el sacramento augusto de la Eucaristía. Pasaba horas enteras delante del altar, bañado en lágrimas. Su devocion á la Santísima Virgen era ternísima, y quiso que todas sus festividades se celebrasen en todo su reino con la mayor solemnidad.

Ocupaba en oracion todo el tiempo que le dejaban libre los negocios del estado. Ayunaba muchos días en la semana con el ma-

yor rigor: usaba frecuentemente de un áspero silicio; y en fin, apenas habia mortificacion ó penitencia que no practicase. En una palabra, la Iglesia asegura en las lecciones de su oficio, que nada omitia el piadosísimo Monarca de todo aquello que en poco tiempo pudiese conducirlo á la mas elevada santidad.

Pero lo que tenia mas impreso en su celosísimo corazon era el empeño de que reinase la religion en el de todos sus vasallos. Con este santo fin quiso obligarlos á que pagasen los diezmos á la Iglesia. Para conseguirlo habia hecho varias tentativas; todas inútiles. Creyó que se le ofrecia una ocasion muy oportuna; y lo fué sin duda para lograr él la corona del martirio.

Quiso empeñarse en una guerra que le parecia justa, creyendo que no debía negar á la Inglaterra el socorro de las tropas auxiliares que le pedia. Con este intento juntó un cuerpo de tropas, y mandó equipar una buena escuadra; pero su hermano Olao, que afectaba en público aprobar su resolucion, en secreto le vendía, haciendo espaldas para que la gente desertase, y para que el ejército se deshiciese. El santo Rey, que nunca perdía de vista la mayor gloria de Dios, y el servicio de la Iglesia, creyó que esta era bella ocasion para establecer el derecho de los diezmos. Convocó cortes, y propuso á los estados, ó que pagasen á la Iglesia este piadoso tributo, ó le contribuyesen á él una escesiva cantidad, en que los multó, en castigo de su delito, y de la desercion de las tropas. Los Daneses, persuadidos y enconados por los enemigos de la Iglesia, y del santo Rey, escogieron antes pagar la multa, aunque tan escesiva, que sujetarse á los diezmos, aunque tan moderados: pero este consentimiento fué principio de una declarada rebelion. Conociéndola Canuto, dió providencia para que la Reina y los Príncipes, sus hijos, se pasasen á Flandes, y él tomó la determinacion de retirarse á Fionta, en la provincia de Seland, donde principalmente consistían las pocas fuerzas que le habian quedado. Pero uno de sus primeros oficiales, llamado Blacon, le disuadió artificialmente de este intento. Mantenía este traidor inteligencias secretas con los rebeldes, y entretenía al santo Rey con engañosas esperanzas de reducir á los sediciosos á su deber; cuando Canuto, que á la sazón se hallaba en la iglesia, asistiendo al santo sacrificio de la Misa, se vió de repente sitiado en ella. Persuadióse desde luego á que no guardarían el respeto que debían á su Rey, los que se le perdían á su Dios en el mismo templo. Hincóse de rodillas junto al altar, y ofreciéndose al Señor, como una inocente víctima, le dijo: Yo os ofrezco, Dios mio, este poco de vida que me resta. Muero, Señor, por defen-

der la causa de vuestra Iglesia : dignaos de recibir con agrado mi pobre sacrificio, y haced que algun dia se arrepientan mis pueblos de su pecado, para que vos se le perdoneis, así como yo los perdono de todo corazon la muerte que me van á dar. Diciendo estas últimas palabras, fué traspasado su cuerpo con las flechas que le disparaban de todas partes. Así murió S. Canuto en un sábado 10 de julio de 1087. Al punto manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel siervo con gran número de milagros. En aquel mismo año fué castigada toda la Dinamarca con una enfermedad extraordinaria, para la cual no se descubria otro remedio que la invocacion del santo Rey. Finalmente, el Papa Clemente X, movido de los muchos milagros que obraba Dios cada dia por la intercesion de su siervo S. Canuto, ordenó que se celebrase el oficio en honra de este santo mártir el dia 19 de enero en toda la Iglesia universal.

EL BEATO NICOLAS FACTOR.

Nació nuestro Santo en la ciudad de Valencia en la calle del Mar, su padre era italiano, y su madre natural de Albayda, pueblo del reino de Valencia. Fué el segundo de sus hermanos, despues del célebre Micer Baptista Factor, doctor en ambos derechos, que vivió y murió en la ciudad de S. Felipe de Játiva. Su madre que dió al beato Nicolas, como á los demás hijos suyos, las primeras lecciones de la sabiduría, que es el temor de Dios, logró ver en él muy en breve copiosos frutos de esta santa semilla. De edad de cuatro años comenzó á ayunar cuatro dias á la semana : en el sábado, que era uno de ellos, jamás se pudo acabar con él que hiciese colacion. En la frecuencia de sacramentos era constantísimo : obedecia á sus padres con esmero; por él jamás tuvieron que sentir : su hablar era siempre de Dios; tenia edificados á sus condiscípulos y maestros, y á toda la ciudad con palabras y obras. Con los pobres sobremanera misericordioso : huia la conversacion de las mujeres; de los mozos vanos y amadores de los deleites, ni la sombra queria; sus visitas frecuentes eran á los templos y al hospital general. Su diversion ordinaria era irse al convento de S. Francisco llamado Santa María de Jesus, el cual edificaron fuera de los muros de aquella ciudad los Reyes de Aragon D. Alfonso conquistador de Nápoles y Doña María. Con el trato de estos religiosos creció en nuestro Beato el amor á la vida estrecha y penitente que allí se profesa, hasta que á los diez y seis años cumplidos de su edad en el de 1537, tomó el hábito de la misma casa, teniendo desde

luego así el prelado como los demás religiosos mucho que admirar en este nuevo hermano. En la oracion y en cantar ó rezar el oficio divino era devotísimo; en ayunar y en las demás mortificaciones de la orden declinaba al rigor; en obedecer era el primero : iba por el convento y por las calles con gran compostura, comia templadamente, no hablaba sino lo muy necesario. Sobre todas estas virtudes descollaba en el la humildad, con haberle dotado el cielo de aquellas prendas con que la gente moza suele levantarse á mayores. Porque era hermoso de rostro, de lindo talle, blanco y colorado, de natural benigno y afable. A estos dones añadia otras virtudes de su ingenio : era escelente latino, escribia muy bien en verso y prosa, sabia la música perfectamente. Las pinturas suyas que se conservan en el convento de Chelva, en el de Santa Maria de Jesus y en las Descalzas Reales de la Corte, muestran que fué aventajado dibujante y pintor.

Concluidos los estudios y ordenado de sacerdote, le encargaron sus Prelados el oficio de la santa predicacion, el cual ejercitó durante su vida con gran fervor y celo y muy de continuo. La obediencia que le obligó á predicar, le puso tambien en el estrecho de que contra toda su voluntad aceptase varias prelacias. Fué guardian de los conventos llamados de la Valle de Jesus y Sancti Spiritus. Siéndolo en Chelva por los años 1536 en que hubo hambre universal en el reino de Valencia y en algunos comarcanos, á que se siguió peste y mortandad en muchos pueblos; no permitió que pobre ninguno se fuese del convento sin limosna, escediendo en mucho lo que repartió á lo que tenia recibido. Su ejemplo era un sermón continuo para los súbditos. En la Valle de Jesus mientras fué Prelado se disciplinaba todos los dias antes de celebrar, comia ordinariamente pan y agua, dormia sobre tablas desnudas, caminaba siempre descalzo, á mañanas nunca faltó. Esto era lo ordinario. Lo extraordinario ¿á quien no espantará? Una noche de invierno se zambulló en una alberca de agua que está fuera del dicho convento, y permaneció en ella cerca de tres horas. Otras veces despues de maitines se salia á la huerta, y quitándose el hábito se estaba largos ratos desnudo al frio, sufriendo sobre su delicada carne las heladas de la noche. Decia que es nuestro cuerpo como caballo que se espanta de una sombra de cruz, y si no le vamos á la mano, no para hasta crucificarnos en la cruz del infierno, de lo que no son mas que sombra los trabajos y las penas de esta vida. Siendo Maestro de novicios en el convento de S. Francisco de Valencia, puestas las rodillas desnudas en el suelo y con la cabeza

descubierta mandaba á los novicios que le dijese todas sus faltas y defectos, y que le escupiesen en el rostro, y le diesen otras penitencias á su arbitrio, quedándose muchas veces arrojado horas enteras despues de estos ejercicios. De estas cosas hay en su vida muchas, por donde se prueba que el afan de este bendito padre en conservar en sí el espíritu de la verdadera mortificación y humildad, sobrepujaba al estudio que ponen muchos del mundo en regalar sus cuerpos, y atizar en sí la vanidad y todas las pasiones en que ella se ceba y encarniza.

En la obediencia no fué menos admirable. En sabiendo cual era la voluntad de los Prelados, luego la ponía por obra. A los mandatos apostólicos tenía sumo respeto, y los obedecía con grande reverencia. De la pobreza ¿qué diré? Contentábase con un solo hábito sin túnica, y con un manto viejo y remendado. No tenía mas libros que el Breviario y la Biblia, despues que en Chelva siendo guardian repartió entre los religiosos todos los que antes usaba; y si para predicar le era necesario servirse de alguno, no quería sino los que no podía escusar. Al dinero le tenía odio mortal; en su celda no consentía cosas de valor, hasta las imágenes que le daban las quería de poco precio: cosas superfluas las arrostraba: los regalos que le presentaban muchos devotos luego los repartía entre los enfermos y pobres dentro y fuera de casa.

Tras los pobres se le iban las entrañas. Tratábalos con ternura, pedía para ellos limosna. A los enfermos así del hospital general como del de S. Lázaro, visitaba de cama en cama, lavábales las manos, cortábales las uñas, les peinaba y servía en todo, y luego les besaba los pies y las manos, diciéndoles palabras de gran consuelo y edificación. A los llagados lamía las llagas sin asco. Un solo clérigo juraba haberle visto hacer esto mas de trescientas veces en diversos tiempos que le acompañó. Y era su ejemplo tan poderoso, que algunos se arrodillaban despues de él y besaban los pies á los mismos pobres, como lo hicieron algunos caballeros en el patio del convento de Santa Clara de Játiva, donde á la sazón estaba el Beato de Confesor extraordinario ó peregrino. En la misma ciudad á un pobre enfermo del hospital, destrozado y desnudo, dió una túnica de sayal nuevo que le había comprado su hermano. En Valencia dió el manto á otro pobre en medio de una calle. Todo le parecía poco cuando se trataba de socorrer á los menesterosos, en quienes miraba con gran fe una estampa viva de Cristo.

Fué amator ardentísimo de la santa virginidad. Era cosa maravillosa cuando se guardaba de todo riesgo de perder esta joya.

Y aunque en esta materia fué muy tentado y combatido de los demonios, encomendándose muy de veras á Dios, y castigando su carne con extraordinarios ayunos, disciplinas y cilicios, y quitando las ocasiones, se defendía de vicio tan torpe. De nadie juzgaba mal. A todos tenía por limpios. Jamás en obra ni en palabra se vió en él cosa que oliese á mal ejemplo ó vanidad. En su vida todos tenían que aprender: á los malos hacia buenos, en los buenos ponía deseo de ser mejores; y de hecho pasaba así, que los conventos donde este padre moraba no parecía sino un cielo. Tuvo muchos sentimientos de la Pasion, y á todos decia que meditasen en las llagas de Cristo. Sentado en los montes de la Valle de Jesus, lloraba la destruccion del mundo por los pecados, considerando cuan pocos se aprovechaban de la sangre que por todos derramó el Señor. Sus palabras ordinariamente incitaban al amor de Dios: este nombre de amor casi siempre se oía de su boca. Solía tener algunas veces tan grandes fervores de espíritu que le parecía abrasarse vivo, y se arrojaba en los estanques de agua y los hacía hervir. Y á veces inflamaba este amor á los que estaban rededor de él, y los movía á gran compuncion y dolor de sus culpas. Era extraño el celo que tenía porque todos amasen y sirviesen á Dios, y como veía que no le amaban todos y que tanto le ofendian, se afligia y desconsolaba en gran manera, pidiendo al Señor con muchas lágrimas que hinchiese con su amoroso fuego los corazones de todos los mortales, quedándose abobado porque no amaban á quien tanto nos ama.

Este celo le sacaba de un rincón amado de su celda á predicar la palabra de Dios. Predicaba con gran devocion y espíritu; sus palabras no eran halagüeñas ni limadas para deleitar, sino afiladas que pasaban de parte á parte los corazones. Muchos de sus oyentes dejaron el mundo, otros se apartaron de grandes vicios en que vivían y buscaron á Dios en la penitencia. Sus éstasis eran frequentísimos y de mucho durar. No tenía para esto lugar seguro: en el coro, en la calle, en las procesiones, antes y despues de celebrar, al ir á dar la comunión al pueblo. Con esto está dicho cual era su espíritu de oracion y el grado altísimo á que llegó en el ejercicio de las demás virtudes. En las cuales creciendo de cada día mas dotado del espíritu de profecía, esclarecido tambien con muchos milagros, fué llamado de Dios á la vida eterna en el convento de Santa María de Jesus, donde tomó el hábito, dos dias antes de la Natividad del Hijo de Dios del año 1583, á los sesenta y tres años, cinco meses y quince dias de su edad.

La congregacion de Ritos destinó el dia de hoy para que en el Arzobispado de Valencia y en algunas otras Diócesis se celebrase su fiesta.

La Oracion de la Misa es la que se sigue :

O Dios, que para ilustrar á tu Iglesia, te dignaste honrar con la palma del martirio, y con gloriosos milagros al bienaventurado Canuto, Rey de Dinamarca; concédenos por tu bondad, que así como él fué imitador de la Pasion de Jesucristo, así nosotros imitando al mismo Santo, merezcamos llegar á la eterna felicidad de que él goza. Por el mismo Señor nuestro, etc.

La Epistola es del capítulo 10 de la Sabiduria.

El Señor trajo al justo por caminos rectos, mostróle el reino de Dios, y le dió la ciencia de los Santos: le felicitó en sus trabajos, y le hizo coger el fruto de ellos: le asistió contra los que querían sorprenderle con engaños, y le llenó de honores: le guardó de sus enemigos, defendió de los seductores, y lo empeñó en un fuerte combate para que venciese, y supiese que la sabiduria es más poderosa que todo. Esta no abandonó al justo cuando fué vendido; sino es que le libró de los pecadores: descendió con él á las prisiones, y no le desamparó en las cadenas hasta poner en sus manos el cetro, y poder regir contra los que le oprimian; y descubrió por falsarios á los que le calumniaron: y el Señor nuestro Dios le dió una gloria eterna.

REFLEXIONES.

Caminase con seguridad cuando el Señor es quien nos guía. De nosotros pende unicamente el lograr á este divino conductor. Sea puro nuestro corazon, sean rectas nuestras intenciones, y tambien lo serán nuestros caminos. Si no seguimos al Señor, y si solamente nos buscamos á nosotros mismos; ¡qué maravilla es que andemos descaminados!

La ciencia de los Santos es una ciencia práctica. Es menester saber lo que es menester obrar, y es menester obrar lo que se sabe que es menester. Saber la ley de Dios con una ciencia seca, estéril, y puramente especulativa, es saberla como la saben los demonios, y ese género de ciencia no es la ciencia de los Santos.

Los trabajos que padecen las almas santas siempre las llenan de honor: y no es éste el único fruto que sacan de sus trabajos. Ninguno hay que no rinda ciento por uno; y todo entra en provecho al que padece por Dios. No solo premia todo lo que se hace por él, sino todo lo que se desea hacer. Admite el deseo, como pudiera el efecto. ¡O qué buen dueño tenemos en nuestro amoroso Dios! Recompensa lo que se quiere hacer, como si ya estuviera hecho. Solo con desear agradarle, ya se le agrada.

Búrlese el mundo de las almas justas: haga chacota de su simplicidad, de su rectitud, y de su vida arreglada. En vano se cansa, que la virtud siempre ha de ser respetable. Este es un reconocimiento, que hasta los mas relajados le han de tributar.

Aunque todo el universo conspire contra el que es verdaderamente virtuoso, no le podrá dañar. No gusta Dios de siervos cobardes, que estos poco durarán en su servicio: quiere siervos generosos, y fieles. El mismo los empeña en el combate; pero siempre para hacerlos conseguir mas gloriosa la victoria. Nunca son vencidos sino los que no son fieles. ¡O qué bello espectáculo es el de la innumerable multitud de tantos invictos mártires! ¿Qué pudo la malicia de los hombres, qué pudo todo el infierno junto, armado contra los Santos? En los calabozos hallaron la libertad, sobre los cadalsos encontraron las coronas, la muerte les franqueó la vida, y en la misma ignominia se hallaron con la gloria eterna. Así recompensa Dios á los que le sirven. ¿Cuando nos resolveremos nosotros á servirle?

El Evangelio es del capítulo 16 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos las máximas necesarias para conseguir la vida eterna, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame; porque el que quiera salvar su alma, la ha de perder (esto es, retraer de las delicias del siglo); y el que así la perdiere por mí la encontrará en la vida eterna. ¿De qué aprovecha al hombre lograr todas las cosas del mundo, si pierde el alma? ¿O qué comutacion dará el hombre por ella? Sabed: que el Hijo del Hombre ha de venir al juicio universal en la gloria de su Padre con sus ángeles: y entonces remunerará á cada uno según sus obras.